

Roberto Juarroz: la emoción del pensamiento*

Estamos, en mi opinión, ante uno de los poetas verdaderamente importantes de nuestra época; es más, me atrevo a escribir que Roberto Juarroz es uno de los pocos poetas cuyo trabajo creativo ha adquirido ya el rango de lo imprescindible. Tanto su poesía —todos sus libros llevan el mismo título de *Poesía Vertical*— como sus reflexiones teóricas sobre el fenómeno de la creación revisten un valor capital, no ya tan sólo porque representen un mundo interior de extraordinaria riqueza, sino también porque nos permiten vislumbrar los posibles logros que todavía debe alcanzar la creación poética. A lo largo de estas páginas, la poesía de Roberto Juarroz nos muestra, con inusual contundencia, que no todo está dicho en poesía y que, por lo mismo, la primera exigencia del poeta actual es ir más allá siempre.

El mismo Juarroz nos dice que «mucho más que las vinculaciones entre la poesía y la biografía interesa la relación entre la poesía y la vida interior»¹. Esta actitud de Roberto Juarroz es trasladada a sus poemas hasta las últimas consecuencias, es decir: esta poesía no va a darnos datos sobre la experiencia inmediata del poeta, no obedece a los dictados del sentimiento ni intentará jamás rescatar de la memoria momentos concretos de su propia experiencia. Entendámonos: lógicamente, cualquier autor expresa, de una forma u otra, más o menos evidente, su vida. En contra de lo que se pueda pensar, Juarroz siempre está escribiendo de sí mismo, pero realmente de sí mismo y no de ésta o aquella coyuntura. Roberto Juarroz encara directamente, sin mediación alguna —de ahí la significación de la verticalidad—, los problemas más auténticos del hombre, los que insistentemente, apunta Juarroz, nos disimulamos y que, sin embargo, son nuestra auténtica realidad: el carácter irreversible de la muerte, el fenómeno del lenguaje, la sensación del vacío, la idea de inexistencia, el sentido de lo sagrado... y, en definitiva, la más extrema dimensión del hombre, que es el cerco al que el misterio lo somete de continuo. Por lo dicho hasta aquí, podemos comprender, por un lado, la ausencia de recuerdos como actividad motora de esta poesía y, por otro, consecuencia de lo primero, la presencia permanente del pensamiento. El

*Prólogo a la antología de poesía de Roberto Juarroz de inmediata publicación en la Colección Visor de Poesía. Madrid.

¹ Roberto Juarroz, Poesía y creación. Diálogos con Guillermo Boido (Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1980).

propio Juarroz declara a Guillermo Boido: «Alguna vez he creído que el olvido en mí era una especie de salud del espíritu.»² El lector, por consiguiente, no va a encontrar una poesía movida por la acción de recordar, pero sí una poesía que, con cierta frecuencia, reflexiona sobre el fenómeno del recuerdo y del olvido.

Así pues, el pensamiento ocupa el lugar del tiempo vivido, haciendo de lo imposible su normalidad. Señala Guillermo Sucre que la poesía de Juarroz no está hecha de «conceptos, sino de pensamiento»³. Nada más lejos de este mundo poético que cualquier entramado mental con pretensiones de organigrama o sistematismo. Esto para Juarroz sería algo así como dar crédito a la rigidez y a la mayor falsedad. Pensamiento en esta poesía significa voluntad de riesgo y aventura absoluta de la imaginación, que no de la ficción. Este pensar imaginando le permite a Juarroz desacostumbrar su percepción: «Es preciso demoler la ilusión / de una realidad con un solo sentido»⁴. Esta poesía descansa sobre la exigencia de romper los hábitos, proponiéndonos formas nuevas de percibir la realidad que paradójicamente es la única actitud que nos permite percibirla en verdad. De ahí, escribe Sucre, que esta poesía comience por el acto de ver, entendido no sólo en el sentido sensorial. Mirar es, sobre todo, inventar y, al inventar, descubrir. El propio Juarroz expresa que tan sólo inventando podemos acceder al plano de lo real. El primer poema de su primer libro nos pone decididamente en su órbita creadora: «Mis ojos buscan eso / que nos hace sacarnos los zapatos / para ver si hay algo más sosteniéndonos debajo / o inventar un pájaro / para averiguar si existe el aire / o crear un mundo / para saber si hay dios / o ponernos el sombrero / para comprobar que existimos.» Tenemos aquí, de un lado, la mirada como instrumento de indagación, descartando las golosinas de la superficie. La mirada no persigue describir, sino penetrar a fondo en ese algo que nos constituye como seres que existen, que se saben existiendo. Y de otro, la mirada que crea lo que ve, la mirada que para alcanzar su objetivo de conocer, descubre la necesidad de crear. Este poema, pues, nos ofrece con claridad dos de los aspectos más decisivos para entender este mundo poético, decisivo no por la enorme frecuencia con que aparecen en esta obra, sino porque, en mi opinión, son dos soportes imprescindibles sobre los que esta poesía se mueve. Estos dos aspectos podríamos llamarlos creación e inversión de realidad.

Lógicamente, no sólo Roberto Juarroz ha creado realidad en la poesía hispanoamericana o en el resto del mundo. Ya el poeta, por serlo, está obligado a crear. La poesía moderna ha radicalizado este concepto y desde Mallarmé a nuestros días la acción de escribir no resulta un espejo del mundo, sino una consecuencia suya o una propuesta paralela a éste. La vida y el arte, ya se sabe, se separan de forma cualitativa en las llamadas vanguardias históricas. Las vanguardias nos han presentado modelos de creación alejados de la realidad humana. A la poesía moderna, entonces, no le basta crear realidad con el solo hecho de escribir. Se trata, ya, sobre todo, de ejercer las posibilidades del lenguaje poético para modificar la realidad y sustituir el discurso lógico por flexibles y sugerentes manifestaciones de un pensamiento de

² *Op. cit.*

³ Guillermo Sucre, «Juarroz: sino / si no», en *La máscara, la transparencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1985).

⁴ Octava Poesía Vertical (1984).

orden estético e intuitivo. Repetir a estas alturas que la vanguardia no siempre acertó en el uso de estos hallazgos, dejándonos, en cambio, piruetas de la banalidad, no cabe. Así, pues, entiendo que una de las herencias poéticas que recoge Juarroz es la que acabo de aludir: el poeta abandona, en efecto, el discurso lógico, pero no para sustituirlo por el discurso de la inconsciencia. El aporte del poeta argentino a estos movimientos de principios de siglo está aclarado en este comentario del propio Juarroz: «La búsqueda de lo más que racional es un reconocimiento integral del hombre, en lo que tiene de racional y también de irracional, una superación del simple movimiento dialéctico de la razón»⁵. Añado, además, que la apariencia de juego y el extraño aire de ingenuidad que tiene gran parte de esta poesía, son huellas dejadas por estos movimientos. Sin embargo, a esta liberación del pensamiento lógico, Juarroz va a imprimirle un sentido ético y existencial, que tienen vital importancia en el discurso del poema. Así, pues, crear realidad, para Juarroz, no es un simple juego sino que dicho recurso está al servicio de una gran exigencia interior y de un evidente compromiso con el mundo. Llegamos aquí a otra de las grandes herencias poéticas que recoge Juarroz: la de la poesía metafísica europea y, sobre todo, argentina, cuyos máximos antecesores son Macedonio Fernández y Antonio Porchia. Poesía metafísica, no filosófica, como quería Juan Ramón Jiménez. A la luz de esas dos tradiciones expresa Juarroz la convicción de que sentir y pensar no son cosas distintas. Juarroz, por lo tanto, escribe poemas que son en sí mismos ejemplos de realidad creada, y otros poemas, los más, en los que el poeta argentino se cuestiona radicalmente el mundo y manifiesta la necesidad no ya de modificarlo sino de sustituirlo. Este segundo grupo de poemas es el que muestra una preocupación moral y existencial antes apuntada. El poema siguiente es un claro ejemplo de realidad estrictamente creada y cuya intencionalidad está insertada en el propio tejido poemático: «La vida dibuja un árbol / y la muerte dibuja otro./ La vida dibuja un nido / y la muerte lo copia./ La vida dibuja un pájaro / para que habite el nido / y la muerte de inmediato / dibuja otro pájaro.// Una mano que no dibuja nada / se pasea entre todos los dibujos / y cada tanto cambia uno de sitio. / Por ejemplo: / El pájaro de la vida / ocupa el nido de la muerte / sobre el árbol dibujado por la vida»⁶. Este poema está formado, para mí, con la estructura más compleja de las que Juarroz hace uso en su obra y que llamó *historias simultáneas*. Todo el poema juega con combinaciones del mismo tipo, pero no debe verse como mero divertimento. Esta actitud en Juarroz es impensable. Versos abajo se descubre la intencionalidad de este juego. Los dibujos del poema aspiran a la unidad, a borrar del hombre otra de las preocupaciones del poeta argentino y que podríamos llamar la del sentido de lo incompleto: «Y otras veces / la mano que no dibuja nada / se convierte a sí misma / en imagen sobrante, / con figura de pájaro, / con figura de árbol, / con figura de nido. / Y entonces, sólo entonces, / no falta ni sobra nada.» Poema, además, en el que nos encontramos con un pensamiento poético que nace y se resuelve en el mismo proceso creador: el lector no encuentra ningún atisbo de experiencia inmediata. En el poema n.º 9 de *Octava Poesía Vertical*, el poeta se ajusta

⁵ Roberto Juarroz, *op. cit.*

⁶ Cuarta Poesía Vertical (1969).

también a un modelo constructivo parecido, pero ya el lector no tiene ningún problema para localizar su sentido. Este poema, como el anterior ya comentado, está sostenido por la imagen del pájaro, pero el pájaro aquí sí es estrictamente metáfora y elemento real a la vez. Aquí nos encontramos otra de las aspiraciones primordiales de Juarroz: la búsqueda de lo abierto donde sólo esta necesidad nos puede recordar a Rilke: «Tengo un pájaro negro / para que vuele de noche. / Y para que vuele de día / tengo un pájaro vacío. / Pero he descubierto / que ambos se han puesto de acuerdo / para ocupar el mismo nido, / la misma soledad. / Por eso a veces, / suelo quitarles ese nido, / para ver qué hacen / cuando les falta el retorno. / Y así he aprendido / un increíble dibujo: / el vuelo sin condiciones / en lo absolutamente abierto.» Vemos cómo el poeta hace el poema su realidad, vive en él. En el segundo grupo de poemas, como dije, encontramos una clara preocupación por mejorar la existencia del hombre y, por lo mismo, el poeta cuestiona de manera radical la realidad del hombre y su mundo descompuesto: «Huérfanos de ambos mundos, / con lo poco que tenemos / tan sólo nos queda / hacer otro mundo»⁷. Propiamente Juarroz, en el sentido que he dado a esta expresión, no crea realidad, sino que expresa la necesidad de hacerlo. Descubrimos, además, que el poeta argentino no se realiza a través de un camino místico aunque sí participa de esa dimensión fundamental de la mística que es el ámbito de lo inefable. O sea, Juarroz coincide con la mística en la actitud previa al poema, actitud que busca desbordar la realidad de lo inmediato. Lo inmediato aquí es todo aquello que en apariencia está más cerca del hombre y que, sin embargo, es lo que más lo aleja de sí mismo: la anécdota. En este sentido, como apunta el crítico Francisco Rivera⁸, es ésta una poesía de «tradicción mística», de ningún modo una poesía mística. Estamos ante una poesía férreamente lúcida y arriesgada. Los primeros versos de este poema dicen: «Ni siquiera tenemos un reino. / Y lo poco que tenemos / no es de este mundo. / Pero tampoco es del otro.» La desorientación del hombre contemporáneo y su intemperie de «orden interior» —recojo esta frase de Sucre, aludiendo a Juarroz— marcan este aspecto de la poesía del poeta argentino. Esta poesía aspira a lo trascendente y, con frecuencia, constata su imposibilidad. Lo trascendente aquí está sustituido por la inconformidad, de ahí la vital importancia y significación de los poemas que he agrupado bajo este título. No estamos ante un poeta visionario, sino, como el propio Juarroz indica, vidente. Sí, efectivamente, Juarroz no escribe una poesía escéptica. Esta poesía, entonces, busca, sobre todo, profundizar en las capacidades del hombre para transformarse y transformar su entorno. En una sociedad inmersa en una peligrosa decadencia, recurrir a la invención, jamás a la evasión, acaba siendo una postura de compromiso humano a la vez que de renovación estética. El poema n.º 51 de *Décima Poesía Vertical* insiste en lo comentado hasta aquí, pero por el camino inverso, es decir, este poema propone primero desconstruir para construir después. De esta forma volvemos a percibir el descreimiento del poeta, no sólo de esta realidad, sino de otra cualquiera ajena a ésta. Necesidad de desconstruir y compromiso interior de crear, es decir, de vivir de otro modo: «Si dejamos que se

⁷ Undécima Poesía Vertical (1988).

⁸ Francisco Rivera, «Roberto Juarroz o el descenso a las profundidades», en Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, n.º 420, junio 1985.